

# Nupcialidad y familia

*Victoria Mazzeo*

Desde la década de 1970, en el pensamiento sociodemográfico latinoamericano predominan enfoques teóricos que explican las relaciones entre estructura económico-social y conducta sociodemográfica individual a través de las mediaciones que establecen diversas instituciones sociales entre las que sobresale la familia. Como uno de los componentes cruciales de la definición de familia son los lazos de parentesco entre sus miembros, en particular los que se originan a partir del matrimonio o unión consensual de la pareja, para abordar el análisis de los cambios en la organización familiar resulta útil efectuar una primera indagación sobre algunos cambios ocurridos en la nupcialidad para luego señalar ciertas relaciones entre ambos procesos. Estos son los temas que se desarrollan en este capítulo para la población de la Ciudad de Buenos Aires, considerados a lo largo de dos siglos. Como marco de referencia, se incluyen algunos ejemplos de estos cambios en la población total del país.

La información disponible sobre el número de matrimonios en la Ciudad de Buenos Aires –como sobre otros hechos demográficos– hasta el establecimiento del Registro Civil en 1886 proviene de libros parroquiales; en este caso reflejan las “velaciones” o celebraciones religiosas de matrimonios católicos. El registro continuo de hechos vitales no solo posibilita la obtención de datos más completos de la nupcialidad (primeras nupcias, nupcias sucesivas y datos sociodemográficos de los contrayentes), sino también, en años más cercanos, de datos sobre divorcios.

Por su parte, los censos de población y las encuestas por muestreo constituyen otras fuentes que brindan información acerca del estado civil o situación conyugal de las personas y de la composición de los grupos familiares.

## Comportamientos nupciales

El estudio de los cambios de la nupcialidad es uno de los aspectos más complejos del análisis demográfico, ya que la dinámica de las personas casaderas por sexo y edad está determinada por un considerable número de factores y sus múltiples interrelaciones. Por ejemplo, el efectivo de personas de uno y otro sexo que pueden casarse en un momento determinado se relaciona estrechamente con la dinámica de la población hasta ese momento y con las pautas de nupcialidad vigentes, pero la propensión de la población a casarse o unirse de hecho también es sensible a fenómenos como epidemias, crisis económicas, crisis políticas, guerras, desastres naturales, etcétera.

Un primer acercamiento al estado de la nupcialidad en una población se obtiene mediante la tasa bruta de nupcialidad.<sup>1</sup> Se trata de un indicador anual que presenta muchas limitaciones (por ejemplo: solo toma en cuenta las uniones legales; está afectada por los cambios de la composición por sexo y edad de la población analizada; incluye tanto matrimonios en primeras nupcias como de nupcias sucesivas); no obstante, es una medida útil para reflejar una imagen de la evolución de la nupcialidad a través del tiempo y, en particular, de los efectos que sobre ella pueden llegar a tener algunos hechos o fenómenos coyunturales. Por esta razón, para profundizar el análisis de los cambios de la nupcialidad se utilizan otros indicadores que son más sensibles a las distintas facetas de este fenómeno, como la tasa específica de nupcialidad, la edad media al matrimonio, la diferencia de edad entre los cónyuges al casarse, la distribución porcentual de la población por estado civil y el porcentaje de soltero/as por grupo de edad. Asimismo, se indaga en esta realidad nueva que muestra aumentos de la unión de hecho y de la convivencia prematrimonial, junto a una mayor reincidencia matrimonial y de uniones civiles.

1

Relación por cociente entre el total de los matrimonios registrados en un año y la población total a mediados de ese año.

# Ideología y legislación

Hasta 1888, año en que se promulgó la Ley de Matrimonio Civil, la legislación adoptó como propias las disposiciones canónicas concernientes a la constitución y eventual disolución del matrimonio, reconociendo la competencia de los tribunales eclesiásticos en las cuestiones litigiosas que pudieran originarse. Se continuaba la tradición hispana, que había adoptado como leyes las resoluciones del Concilio de Trento, las cuales fueron incorporadas al Código Civil de 1869. A partir de dicho código, que inicia el proceso de secularización del matrimonio, se sucedieron distintas leyes (véase el Cuadro 1) que fueron actualizando la legislación argentina.

**Cuadro 1**                    **Hitos en la legislación sobre el matrimonio civil**

Año	Ley	Tema
1869		Código Civil (secularización del matrimonio).
1884	1565	Creación del Registro Civil de la Ciudad de Buenos Aires (Cap. V: De los matrimonios).
1888	2393	Ley de Matrimonio Civil.
1926	11.357	Ley sobre equiparación jurídica y situación legal de la mujer casada.
1936	12.331	Ley que implanta el certificado prenupcial masculino (Artículo 13).
1954	14.394	Ley de divorcio vincular que permite el nuevo casamiento (Artículo 31).
1956	4070	Decreto-Ley que deja en suspenso el divorcio vincular (Ley 14.394).
1965	16.668	Ley que implanta el certificado prenupcial femenino.
1968	17.711	Ley que permite a los cónyuges, pasados dos años de matrimonio, solicitar en forma conjunta su separación personal.
1969	18.248	Ley que obliga a la mujer casada a añadir a su apellido el de su marido precedido de la preposición “de”.
1969	18.444	Ley que aprueba la convención sobre el consentimiento para el matrimonio y faculta a cada Estado a fijar la edad mínima para contraer matrimonio.
1987	23.515	Ley de divorcio vincular que permite el nuevo casamiento y establece como optativo para la mujer casada añadir a su apellido el de su marido precedido de la preposición “de”.

Fuente: Elaboración propia sobre la base de Mazzeo, 1998.

Como surge del Código Civil, la familia se caracterizaba por la supremacía del hombre y la subordinación de la mujer casada a su marido. El código impuso fuertes restricciones a los derechos civiles de la mujer luego de que contraía matrimonio. El esposo se constituía en “administrador legítimo” de todos los bienes del matrimonio, incluso los de la mujer. También estableció la indisolubilidad del matrimonio, conservando el divorcio dentro de los límites prescritos por la Iglesia, es decir como simple sepa-

ración de cuerpos y bienes, con la subsistencia del vínculo matrimonial, lo cual impedía un nuevo matrimonio.

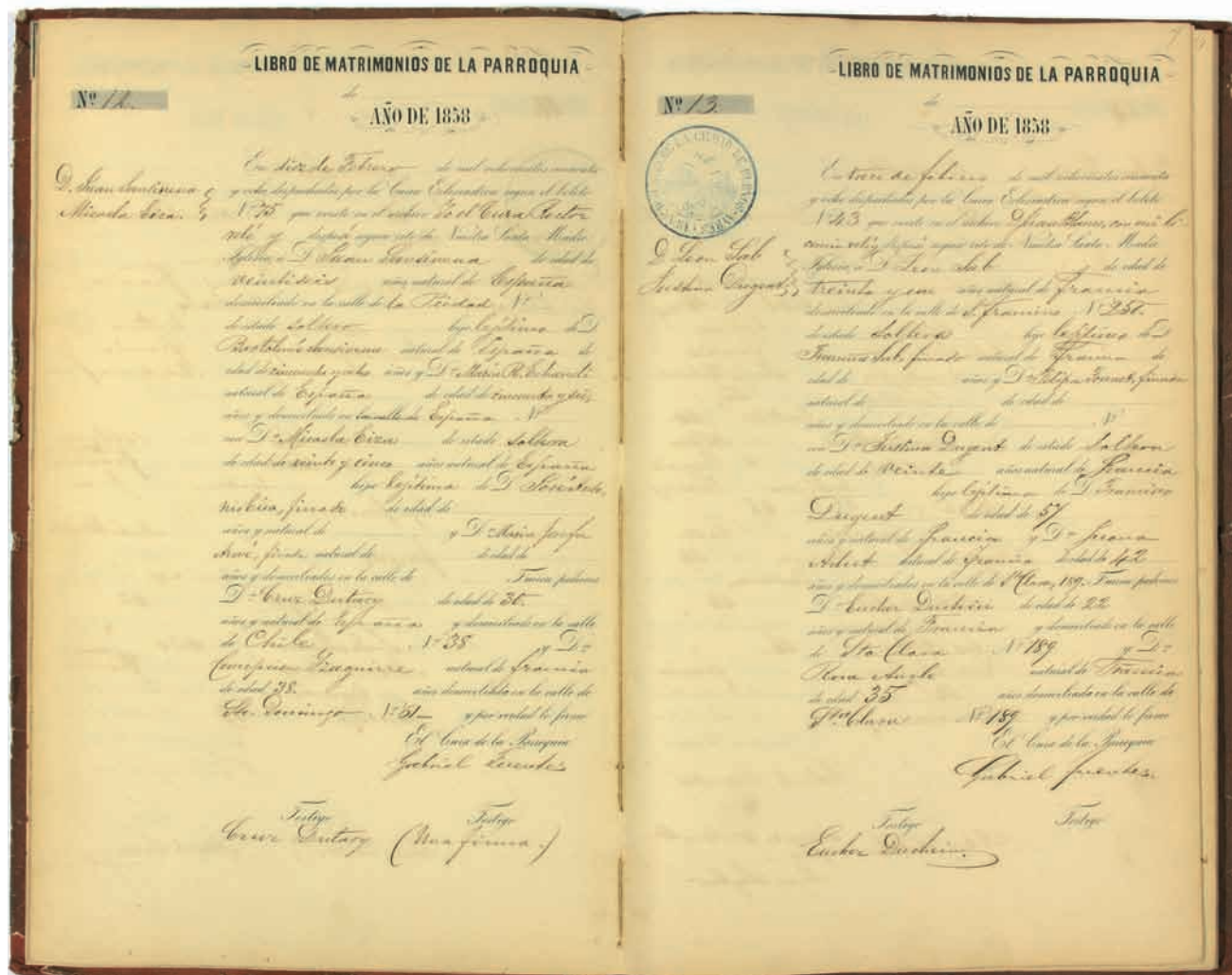
Con anterioridad a la promulgación del Código Civil –y, en forma reiterada, luego de la puesta en vigencia del mismo–, se habían evidenciado las dificultades que originaba el matrimonio religioso como única forma válida de legalizar las uniones conyugales: conforme al mismo, quienes no poseyeran religión y no quisieran abjurar de sus convicciones tenían como única posibilidad “el concubinato”.

La necesidad de reforma fue reconocida por el Poder Ejecutivo, que el 22 de septiembre de 1887 remitió a la Cámara de Senadores el proyecto de Ley de Matrimonio Civil. Se señalaba que “el creciente impacto de la inmigración europea” había puesto de manifiesto “la necesidad de reformar nuestra legislación sobre el matrimonio”, indicando las dificultades que resultaban de la sola existencia del matrimonio religioso. Precisamente, estas fueron las palabras de Eduardo Wilde al presentar en 1887 ante el Congreso Nacional el proyecto de matrimonio civil:

El creciente aumento de la inmigración europea ha puesto de manifiesto la necesidad de reformar nuestra legislación sobre el matrimonio. El Código Civil sólo autoriza el matrimonio religioso, celebrado en conformidad a sus disposiciones y según las leyes y ritos de la Iglesia a que los contrayentes pertenezcan. Muchos habitantes de la República o no tienen en el país el sacerdote de la comunión a que pertenecen, para que bendiga su unión, o no profesan culto externo alguno (Dirección General del Registro del Estado Civil y Capacidad de las Personas, 2005, p. 29).

Las llamadas leyes laicas –Ley 1420 de Educación Común, Ley 1565 de Registro Civil y Ley 2393 de Matrimonio Civil– fueron una lógica derivación de la mayor independencia del Estado con respecto a la Iglesia.

La Ley de Matrimonio Civil mantuvo dos de los rasgos fundamentales de la legislación canónica: la indisolubilidad del vínculo matrimonial y la subordinación de la mujer al hombre en el ámbito doméstico. Por otra parte, se conservaron también las restricciones legales a la actividad femenina fuera del hogar, al tiempo que se negaban a la mujer los derechos políticos. La plena equiparación jurídica y la situación legal de la mujer casada se lograron en 1926 con la Ley 11.357, que modificó sustancialmente las disposiciones del Código Civil.



En la biblioteca del Registro Civil de la Ciudad de Buenos Aires se pueden consultar copias de los libros parroquiales del período 1858-1884, que registran, entre otros eventos, las celebraciones de matrimonios católicos.

Con respecto al divorcio, en 1954 la Presidencia envió al Congreso el proyecto en el cual autorizaba el divorcio vincular y el nuevo casamiento de los cónyuges separados según las normas vigentes hasta entonces (Art. 31 de la Ley 14.394). Posteriormente, el gobierno militar dio a conocer el Decreto-Ley 4070/56 que dejó en suspenso el mismo “hasta tanto se adopte sanción definitiva sobre el problema del divorcio”. En 1968, se sancionó la ley que derogó la facultad que tenía el marido de representar a su esposa en todos los actos y acciones que a ella correspondiesen y su rol de administrador del patrimonio conyugal. Además, introdujo la separación por mutuo consentimiento, prohibida en la legislación anterior: ambos cónyuges, transcurridos dos años de matrimonio podían, en presentación conjunta, solicitar su separación personal (Ley 17.711). Pasaron veinte años más

para que se sancionara definitivamente el divorcio vincular (Ley 23.515 de 1987) y, de esta forma, se modificara el régimen de familia. Así, se cierra un capítulo que se inició a fines del siglo XIX, cuando algunos políticos de la época indicaban que el divorcio vincular era el complemento necesario de toda legislación sobre matrimonio.

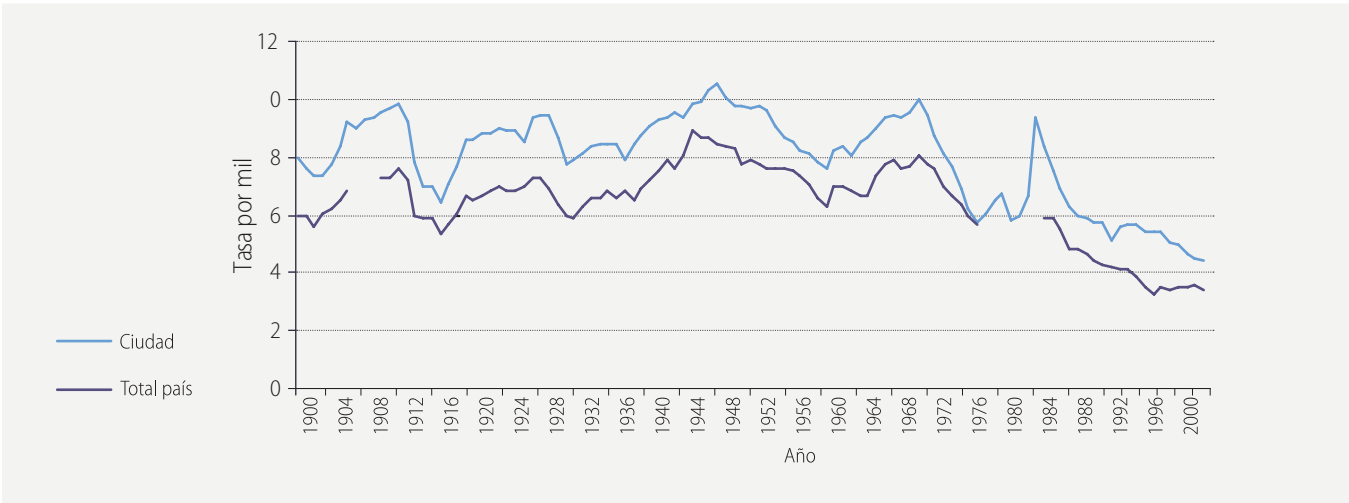
## La tendencia de la nupcialidad

Como ya se señaló, los libros parroquiales constituyeron la fuente de información del número de matrimonios hasta que se estableció el Registro Civil en 1884. Esto afecta a la cuantificación de los matrimonios previos a esa fecha, por la omisión de la población no católica y también por el sobrerregistro que generaban las inscripciones de matrimonios de población que residía en la campaña. Si bien los datos publicados permiten elaborar una serie cronológica desde antes del siglo XIX, aquí solo se analizará la tendencia de la nupcialidad en la Ciudad de Buenos Aires a lo largo del siglo XX, es decir, con datos que provienen del Registro Civil y que posibilitan su comparación con los del total del país.

Los análisis de la dinámica socioeconómica y demográfica de la Ciudad y del país requieren, en general, distinguir un antes y un después de la depresión de los años 30. Hasta ese momento, durante la etapa del auge agroexportador, la sociedad se transforma y moderniza, destacándose, entre otros cambios, el crecimiento vertiginoso de la población,<sup>2</sup> la considerable extensión de la educación y la movilidad social ascendente. En esas transformaciones también jugó un rol fundamental la masiva inmigración de europeos que no solo aportaron pautas de comportamiento propias de sus países de origen, sino que también se insertaron en el proceso de desarrollo económico y social de la Ciudad. Entre los inmigrantes predominaban los varones y, entre ellos, los solteros con edades relativamente jóvenes, una característica demográfica que, a su vez, generará el aumento de la nupcialidad de las mujeres nativas. Germani (1987) señala que los varones inmigrantes, en la medida de lo posible se casaban con sus connacionales; sin embargo, por el alto índice de masculinidad de la inmigración, tenían que casarse con mujeres argentinas. En consecuencia en la Ciudad, a fines

2 Véase el capítulo Dinámica demográfica.

**Gráfico 1** Tasa bruta de nupcialidad (por mil habitantes). Total país y Ciudad de Buenos Aires. Período 1900/2008



Fuente: Para el total país: Ariño, 1997 y Ministerio de Salud, inédito y 2002/2009. Para la Ciudad de Buenos Aires: Mazzeo, 1998 y elaboración sobre la base de estadísticas vitales y proyecciones de población.

del siglo XIX, el nivel de homogamia<sup>3</sup> de la población nativa fue muy diferente entre los sexos: específicamente, fue menor entre las mujeres que entre los varones porque una alta proporción de mujeres nativas se casaban con varones extranjeros. Una vez concluida la etapa de la inmigración masiva, se podrá observar que el nivel de homogamia de los nativos tiende a igualarse entre ambos sexos.

El Gráfico 1 muestra la tendencia que siguieron las tasas brutas de nupcialidad de la Ciudad y del país desde el inicio del siglo XX hasta el presente. Ambas tasas muestran tendencias muy similares y se destaca que las tasas de la Ciudad siempre superan a las del país, con la excepción de algunos años en la década de 1980. Torrado afirma que este contraste “se debe no sólo a diferencias en la estructura de edades sino también al hecho de que, tradicionalmente, la consensualidad ha sido muy superior en las regiones del interior menos desarrolladas” (Torrado, 2007, pp. 408-409).

La tendencia de la nupcialidad de la Ciudad de Buenos Aires, al igual que la del total del país, registra marcadas fluctuaciones que podrían

3 Ambos cónyuges tienen la misma nacionalidad.



asociarse con períodos de crisis socioeconómicas u otros eventos sociales. Por ejemplo, la caída de la nupcialidad en 1900-04 coincide con la crisis económica de fines del siglo XIX; la caída observada entre 1913-17 se puede relacionar con la Primera Guerra Mundial, que interrumpió la llegada de inmigrantes; en 1931-33 se produjo una reducción que refleja los efectos de la crisis del 30; en 1952-63 se verifican crisis tanto económicas como políticas. El aumento de la nupcialidad que se produce entre 1965 y 1974 estaría mostrando, entre otros factores intervinientes, el efecto de que en esos años alcancen la edad de casarse las generaciones que nacieron durante la posguerra, más numerosas que las que las antecedieron y sucedieron –en otros términos, reflejaría un aumento repentino, pero momentáneo, de la población en edad de casarse (Torrado, 1993)–. A partir de 1975, la tasa presenta una continua reducción con un leve repunte en el bienio 83-84, los años del retorno de la democracia, y en el trienio 1988-90, debido a la ley de divorcio vincular que permitió la legalización de uniones ya existentes.<sup>4</sup> En general, la evolución de la nupcialidad después de los años 1950, más allá de las fluctuaciones momentáneas, empieza a mostrar, como se verá más adelante, un nuevo patrón de comportamiento matrimonial.

Hasta aquí se ha recorrido la tendencia general de la nupcialidad legal, pero para examinar cuáles fueron los cambios en los comportamientos matrimoniales y en qué momento ocurrieron es necesario recurrir a otros indicadores.

## Los cambios de la nupcialidad

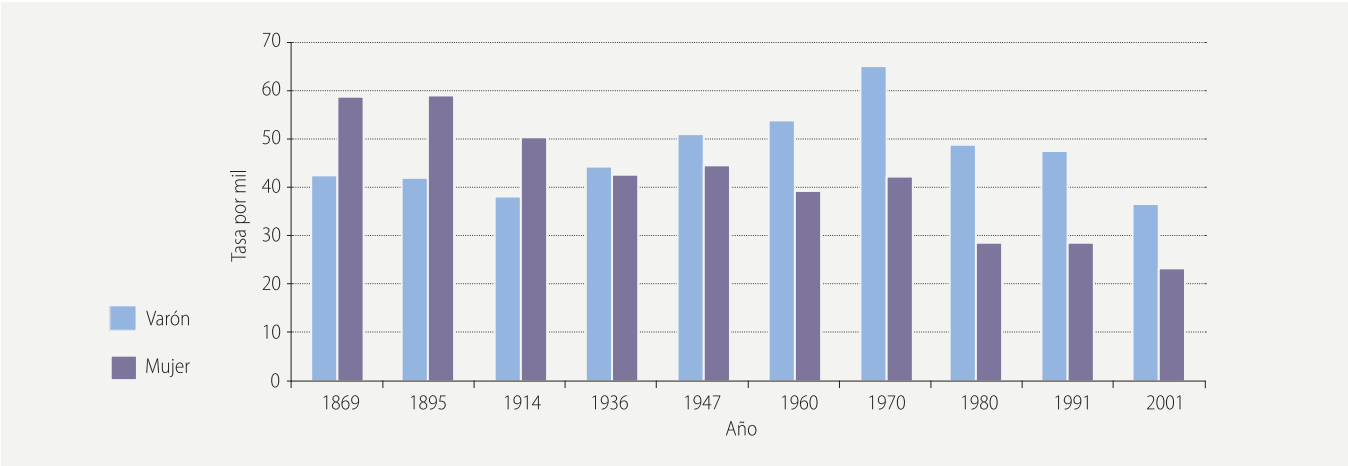
Un indicador mucho más adecuado para analizar los cambios en la nupcialidad a través del tiempo es una tasa específica de nupcialidad por sexo<sup>5</sup> que muestra cómo se va modificando la propensión a la unión conyugal legal, teniendo en cuenta la cambiante composición del llamado “mercado matrimonial”, es decir, la población susceptible a contraer matrimonio.

4 En el trienio 1988-1990, se casaron 16.640 varones divorciados y 9.392 mujeres divorciadas.

5 Cociente entre el número medio anual de matrimonios de un trienio (alrededor de un año censal) y la población censada de 15 años y más expuesta al riesgo de casarse (soltero/a y viudo/a más divorciado/a a partir de 1991).

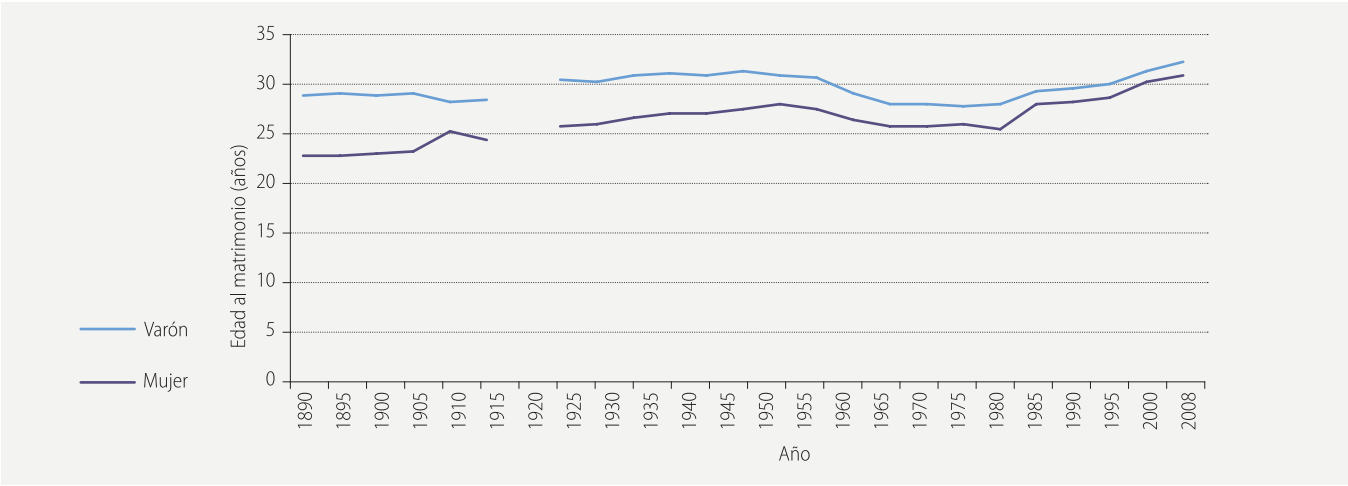


**Gráfico 2** Tasa específica de nupcialidad por sexo (por mil habitantes). Ciudad de Buenos Aires. Años censales. Período 1869/2001



Fuente: Elaboración propia sobre la base de datos censales y estadísticas vitales.

**Gráfico 3** Edad promedio al casarse por sexo. Ciudad de Buenos Aires. Años 1890-2008



Fuente: Mazzeo, 1998 y elaboración propia sobre la base de estadísticas vitales.

Como se puede ver en el Gráfico 2, se distinguen tres ciclos diferentes en el comportamiento nupcial por sexo y en el sentido que sigue el cambio de nivel. Hasta 1914, las mujeres se casaban en mayor proporción debido al mayor número de varones solteros en la población, aunque en el censo de 1914 se nota, además, una disminución del nivel para ambos sexos; entre 1914 y 1970, al disminuir el volumen de inmigrantes varones

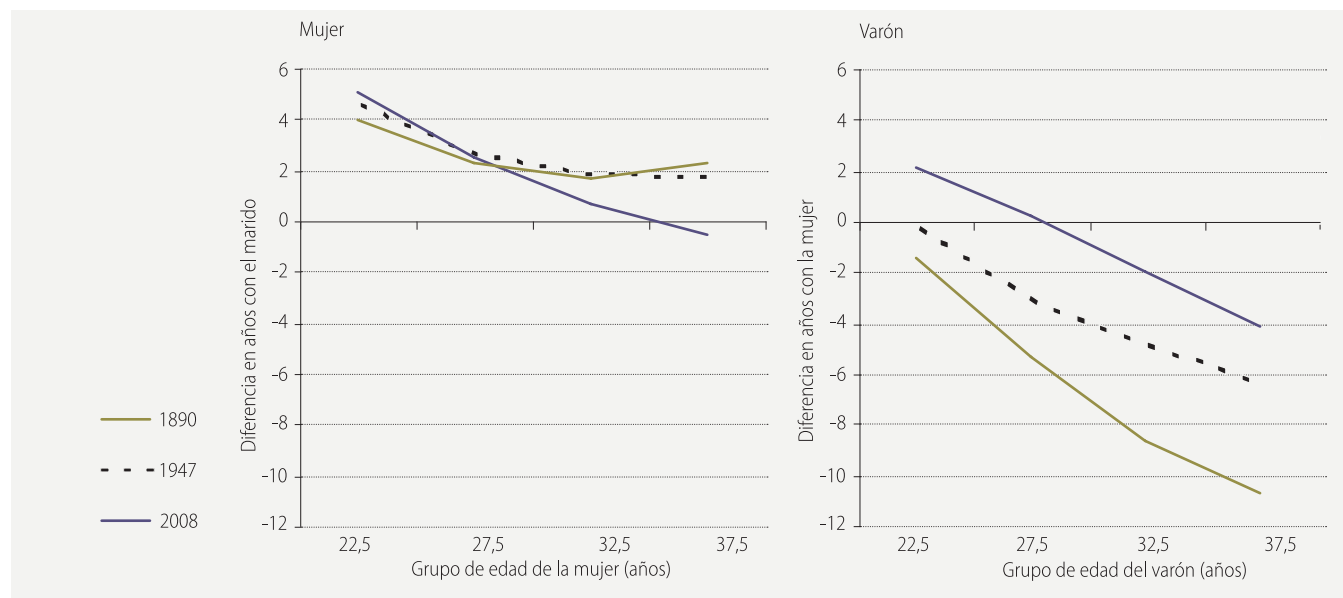
y aumentar la cantidad de mujeres en la población, crece notablemente la nupcialidad de los varones mientras se mantiene casi constante la de las mujeres. A partir de 1970, ambos sexos disminuyen significativamente su nivel de nupcialidad, manteniéndose el predominio masculino, beneficiado ahora por la creciente feminización de la población y por la mayor reincidencia matrimonial de los varones.

Otra dimensión importante del análisis de la nupcialidad es la edad de los contrayentes, que puede resumirse en una medida: la edad media a la primera unión de mujeres y varones. Lamentablemente la información disponible solo permite analizar este indicador para matrimonios de solteros recién a partir de 1965; no obstante, esta limitación no incide mayormente ya que en los años anteriores “la proporción de viudo/as reincidentes ha oscilado entre el 2,5 y el 7 por ciento según el sexo” (Mazzeo, 1998, p. 211). El Gráfico 3 muestra la variación de la edad media al matrimonio para cada sexo. Por los problemas de la información señalados y para un mejor análisis, la evolución de este indicador se analiza en dos etapas: la primera se extiende entre fines del siglo XIX y 1965, y la segunda desde 1965 hasta 2008.

En la primera etapa, se puede observar que para ambos sexos se produce un incremento sostenido de la edad al matrimonio, junto con una disminución de la diferencia de edad entre ellos. Así, a fines del siglo XIX, las mujeres se casaban a una edad que promediaba los 23 años, mientras que en 1960 esa edad se eleva a los 28 años. En el caso de los varones, la edad promedio al casamiento se eleva de 29 años en 1890 a 31 años en 1960. O sea, la diferencia entre las edades al matrimonio de ambos sexos se acortó a la mitad, pasando de 6 años en 1890 a 3 años en 1960. Esta importante reducción se produjo por el mayor aumento en la edad al matrimonio que experimentaron las mujeres.

A partir de 1965 y hasta los años noventa, ambos sexos reducen la edad a la unión, pero no debe olvidarse que a partir de ese año se trata de la edad promedio a la primera unión y que ya no inciden los matrimonios de los reincidentes. En 1990, se advierte un nuevo punto de inflexión en la evolución de este indicador: se incrementan para ambos sexos las edades a la primera unión y nuevamente son las mujeres las que se casan más tardíamente; por otro lado, se acorta a solo 1 año la diferencia de edad entre ambos sexos. De lo anterior resulta evidente que los cambios más profundos en la edad en que se contrae matrimonio tuvieron lugar entre las mujeres; ellas han venido posponiendo su entrada a la vida matrimonial. En lo que respecta a los cambios observados para el total del país, la fragmentaria información disponible (véase Torrado, 2003, p. 254) indica

**Gráfico 4** Diferencia de edad al casarse entre los cónyuges en grupos de edad seleccionados. Ciudad de Buenos Aires. Años 1890, 1947 y 2008



Fuente: Elaboración propia sobre la base de estadísticas vitales.

mayor precocidad nupcial y mayor diferencia entre las edades de los cónyuges que las observadas en la Ciudad de Buenos Aires.

Distintos estudios (Quilodrán, 2003; Torrado, 2003; Raimondi y Street, 2005; Ariño y Mazzeo, 2009) revelan que a medida que la mujer aumenta la edad al matrimonio disminuye la diferencia de edad respecto del cónyuge. En el Gráfico 4 se muestra para cada sexo, según los cuatro grupos etarios que habitualmente registran el mayor número de matrimonios y para tres fechas seleccionadas (1890, 1947 y 2008), las diferencias de edad al casamiento entre los cónyuges.

Entre las mujeres, en general se destaca que a mayor edad al casamiento disminuye la diferencia de edad con el cónyuge, hasta llegar a la situación inversa observada en 2008, en que las mujeres de 35-39 años se casan con hombres cuya edad promedio es un año menor que la de ellas. Este hecho indudablemente se relaciona con la composición por sexo y edad del mercado matrimonial. Por otro lado, considerando al panel de los varones del Gráfico 4 se advierten cambios que van en el sentido contrario –a medida que aumentan su edad al casamiento lo hacen con mujeres mucho más jóvenes que ellos–, pero estas diferencias disminuyeron en el tiempo. Por ejemplo, en 1890 los varones que se casaban con edades com-

**Gráfico 5**      **Distribución porcentual por estado civil según sexo de la población de 14 y más años. Ciudad de Buenos Aires. Años 1810-2001**



Nota: Para algunos censos cambia el grupo de edad: 1810 (11 y más); 1887, 1904 y 1909 (los solteros no incluyen población menor de 20 años, ni mujeres menores de 15 años); 1914, 1936 y 1970 (población de 15 y más años).  
Fuente: Elaboración propia sobre la base de datos censales.

prendidas entre 35 y 39 años lo hacían con mujeres que, en promedio, eran 11 años más jóvenes que ellos. En 1947 esa diferencia se reduce a 6 años y en 2008 a solo 4 años. Otro hecho destacable es que, en 2008, los varones que se casan con edades menores a los 25 años lo hacen con mujeres que, en promedio, son dos años mayores que ellos.

Los cambios que van ocurriendo en las pautas matrimoniales a través del tiempo modifican a su vez la composición por estado civil de la población. Los censos constituyen la principal fuente de información para

analizar las variaciones que experimenta esa composición de la población. Cabe alertar acerca de que tanto las preguntas sobre estado civil como las categorías de respuestas a las mismas han variado a través de los censos y que esto limita la comparación, especialmente con las situaciones que describen los primeros censos.<sup>6</sup>

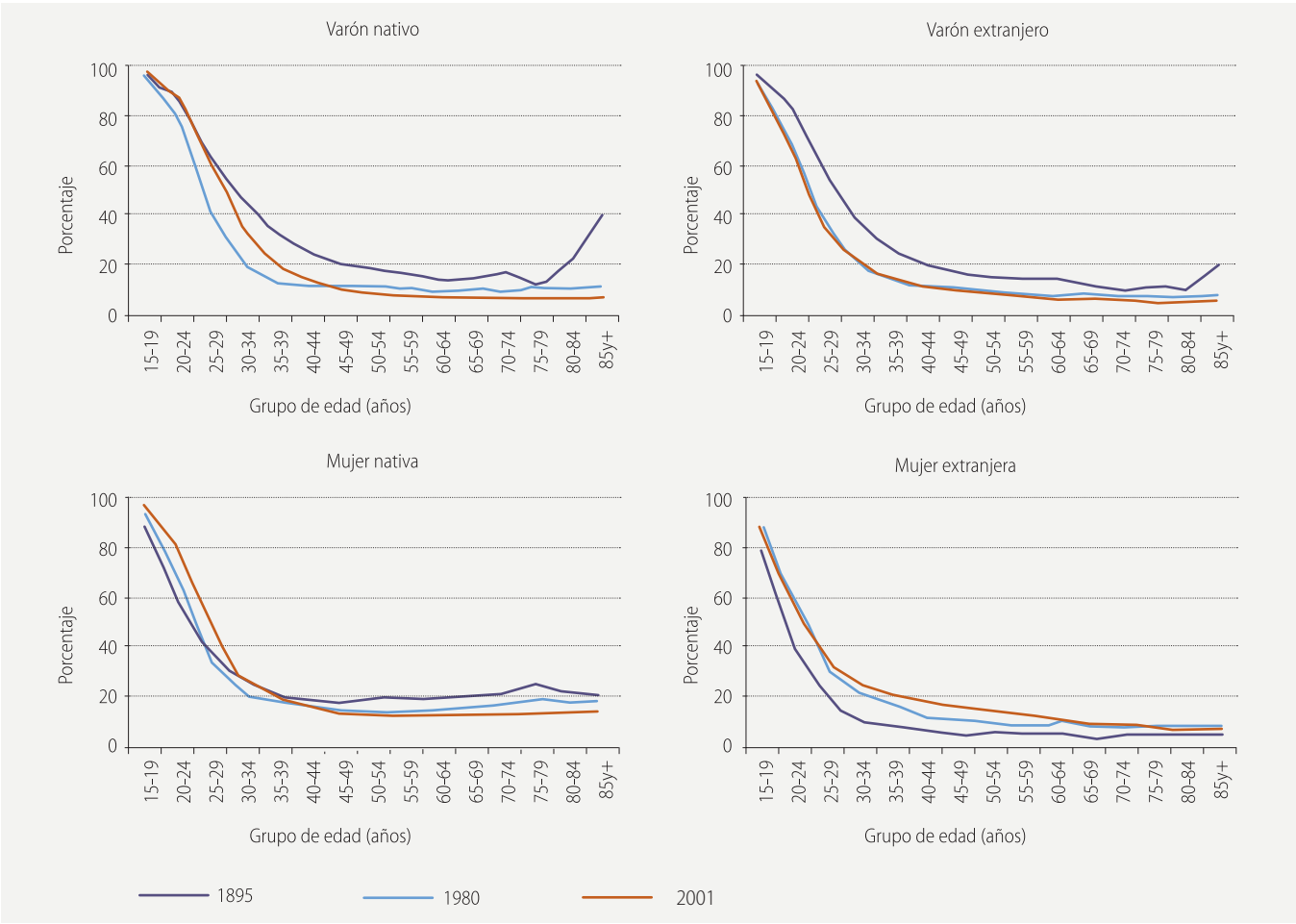
En el Gráfico 5 se presenta, con algunas excepciones, la distribución porcentual de la población de 14 y más años, por sexo y estado civil a partir de los datos que proveen los censos de población. En primer lugar, se observan importantes diferencias de estado civil entre los sexos: los varones muestran, para todos los años, mayores proporciones de solteros mientras que las mujeres registran porcentajes más altos de viudas y separadas-divorciadas. Hasta mediados del siglo XX, aumenta la proporción de casados pero luego, con la creciente presencia de las nuevas categorías (separados y divorciados), se van plasmando los cambios, ya comentados, que están ocurriendo en las costumbres matrimoniales.

Es de interés mostrar cómo los comportamientos matrimoniales de nativos y extranjeros, de cada sexo, inciden diferencialmente en la nupcialidad de la Ciudad. Para ello se incluye el Gráfico 6 que, para tres fechas censales, presenta el porcentaje de solteros según sexo, grupo de edad y lugar de nacimiento. El porcentaje de solteros entre los varones nativos es alto en el siglo XIX; en 1980 aquel porcentaje es mucho menor, debido probablemente al repunte de la nupcialidad de la década de 1970, y vuelve a aumentar a comienzos del siglo XXI, por el corrimiento de la edad al primer matrimonio.

Entre los varones extranjeros la tendencia fue diferente: a fines del siglo XIX exhiben una alta proporción de solteros, situación muy relacionada con el alto IM de la migración de ultramar; en 1980, este porcentaje es mucho menor, probablemente, por los cambios en el origen y composición de la inmigración.

En cuanto a las mujeres, entre las nativas se observan los efectos de la composición del mercado matrimonial: hacia fines del siglo XIX, como consecuencia de su alta nupcialidad, se constatan bajos porcentajes de solteras. Por su parte, la gran mayoría de las mujeres extranjeras, a fines del siglo XIX, inmigraban casadas o se casaban al llegar; pero, a partir de 1980,

**Gráfico 6**      **Proporción de solteros según sexo, lugar de nacimiento y grupo de edad.**  
**Ciudad de Buenos Aires. Años 1895, 1936, 1980 y 2001**



Fuente: Elaboración propia sobre la base de datos censales.

quizás debido a la reducción y al cambio de origen de la migración, las proporciones de solteras son más altas y más aún a comienzos del siglo XXI, especialmente en las edades centrales. Sin lugar a dudas, en la composición del mercado matrimonial y, en consecuencia, en los niveles de nupcialidad de la Ciudad, las pautas matrimoniales de los extranjeros han ejercido una fuerte influencia.

## Nuevas realidades conyugales

Durante las últimas décadas se modifica profundamente el proceso de formación y organización de las familias de la Ciudad, el cual siguió una dirección similar a la que se puede observar en los países más desarrollados. Esta nueva dinámica, que ya se identifica como “segunda transición demográfica”, se caracteriza, principalmente, por: la disminución del número de matrimonios y el paralelo aumento de la consensualidad; el aumento de los divorcios y separaciones; la disminución del número de nacimientos –entre los que aumenta la proporción de extramatrimoniales–; el incremento de la monoparentalidad y del “ensamble” de familias y la generalización de parejas en las que ambos cónyuges participan del mercado de trabajo (Torrado, 2005).

Varias investigaciones históricas muestran que la unión consensual no es nueva en América Latina: se ha observado una gran diversidad de formas familiares durante el siglo XVIII y la primera mitad del XIX (Moreno, 2004). Las uniones informales representaron, desde la época colonial, una manera distinta pero estable de vivir en pareja y de formar una familia en la población de menores recursos (Quilodrán, 2008). En la Argentina, no abundan los antecedentes históricos sobre esta temática y, al respecto, no debe olvidarse que la recolección de datos sobre esta condición conyugal se inicia en el Censo de 1960. Vemos así que esta modalidad de entrada en unión avanza a partir de los años sesenta y se acelera a partir de los ochenta, con una particularidad: se constituye en una opción de convivencia marital aceptada en todas las clases sociales (Ariño y Mazzeo, 2009).

La Ciudad de Buenos Aires es un buen ejemplo de estos cambios de época y de costumbres: en 1960 el porcentaje de uniones consensuales sobre el total de uniones era reducido (1,5 por ciento), pero fue aumentando rápidamente, y en 2008 su valor alcanza a casi al 28 por ciento del total de las uniones (véase el Cuadro 2). No obstante, este porcentaje siempre fue menor que el del total del país. Por otra parte, la importancia relativa de las uniones legales y consensuales varía mucho de acuerdo con el grupo de edad y el sexo. En cuanto a la edad, la consensualidad tiene mayor peso entre los más jóvenes –en 2008 más del 85% de las uniones son de este tipo–; entre los 25 y 34 años, la composición es relativamente equilibrada; y, a partir de los 35 años, la proporción de uniones consensuales sobre el total de las uniones disminuye con la edad. Comparando la situación por sexo, la proporción de uniones consensuales es mayor entre los varones en todos los grupos etarios (Mazzeo, 2010).



**Cuadro 2**                      **Distribución porcentual de las uniones por tipo de unión. Ciudad de Buenos Aires.**  
**Años 1960, 1980, 1991, 2001 y 2008**

Año	Total uniones	Legales	Consensuales
1960	100,0	98,5	1,5
1980	100,0	91,6	8,4
1991	100,0	86,4	13,6
2001	100,0	78,4	21,6
2008	100,0	72,1	27,9

*Fuente:* Elaboración propia sobre la base de datos censales y de la EAH 2008.

El aumento de las uniones consensuales trajo aparejado el incremento del porcentaje de nacimientos extramatrimoniales, que crece notablemente a partir de 1960, llegando a representar más del 60 por ciento de los nacimientos inscriptos. Como muestra Torrado (2003), al comparar este indicador para las jurisdicciones con datos disponibles, la Ciudad, durante el siglo XX, presentó uno de los porcentajes más bajos de nacimientos extramatrimoniales.

Binstock (2004) comprueba que, en la Ciudad, la consensualidad se transformó en la forma más frecuente de ingreso a la primera unión entre las generaciones nacidas a partir de los setenta y que la transición de los solteros al matrimonio incorpora una etapa de convivencia previa que va aumentando hasta alcanzar un máximo en los nacidos entre 1975 y 1979.<sup>7</sup> Además, esta autora verifica el aumento y la aceleración de la disolución del primer matrimonio en las sucesivas generaciones.

Otra de las manifestaciones de esta nueva realidad conyugal se produce a partir de la sanción de la ley de divorcio vincular. Luego de la importante cantidad de divorcios que se inscribieron en el Registro Civil de la Ciudad durante los años cercanos a la sanción de la respectiva ley,<sup>8</sup> la tasa bruta de divorcialidad mostró una tendencia al descenso y se estabilizó en

7                      Similares resultados encontró en los cambios en la formación de la familia en la población de los grandes aglomerados urbanos de la Argentina (Binstock, 2009).

8                      En el trienio 1987-89, se registraron 42.908 divorcios en la Ciudad.

valores cercanos al 2 por mil. Cabe señalar que, en los últimos años, la relación entre divorcios y matrimonios muestra un incremento sostenido –que va de 35 en 2001 hasta 52 en 2008–, incremento que se explica por el descenso de la cantidad de matrimonios (su número se ha reducido a la mitad) y no por el aumento de los divorcios –que se mantienen cercanos al siete mil por año–. Consecuentemente, el porcentaje de matrimonios formados por al menos un cónyuge reincidente aumentó notablemente desde la sanción de la ley de divorcio. Efectivamente, en 1980 solo el 5,8 por ciento de los matrimonios tenía al menos un cónyuge reincidente, mientras que en 2008 llegaban al 21 por ciento. Debemos destacar que la reincidencia es diferencial por sexo: los varones reinciden más que las mujeres (Ariño y Mazzeo, 2009).

Finalmente, a mediados de 2003 se reglamenta la Ley 1004 que reconoce las uniones civiles en el ámbito de la Ciudad y que crea un registro público a ese efecto. De esta manera, desde junio de dicho año se registra este nuevo tipo de unión, que se define como “la unión conformada libremente por dos personas con independencia de su sexo u orientación sexual” (B.O. 1617:5, punto a del Art. 1º). Su número es aún reducido (en promedio 338 anuales en el período 2004-2009) pero su incremento ha sido importante: las uniones civiles en 2009 triplican las de 2004. En cuanto a su composición, la mayoría está formada por parejas heterosexuales.

Por último, cabe señalar que todas las modificaciones examinadas en el comportamiento nupcial de los habitantes de la Ciudad se reflejan en la evolución que ha seguido la organización familiar en esta misma población, tema que se analiza a continuación.

## La organización familiar

La familia, concebida como una unidad de reproducción biológica y social, constituye una de las instituciones sociales más dinámicas, y una dificultad mayor en las investigaciones históricas del tema es precisar conceptualmente qué se entiende por familia. En los estudios llevados a cabo por los historiadores, se usan conceptos amplios de las formas de organización familiar y de las relaciones de parentesco, por ejemplo, unidades domésticas y arreglos familiares; también se suele asimilar el concepto “familia” al de “hogar” o “grupo doméstico corresidente”. En su libro sobre la historia de la familia en el Río de la Plata, Moreno considera “la familia como un continuo o un largo recorrido que parte desde el rito del matrimonio, que

incluye los hijos y sus cónyuges, parientes cercanos y lejanos, cosanguíneos y políticos, y una serie de individuos de las más diversas identidades –parientes o no, como los agregados, domésticos y esclavos– que conviven o mantienen fuertes y solidarios vínculos interpersonales” (Moreno, 2004, p. 14). Es decir, esta caracterización supera tanto al concepto de “grupo doméstico coresidente” como al de “hogar” según fue definido en los censos a partir de 1960 (criterios de consumo y coresidencia).

El estado del conocimiento evidencia que, ya a inicios del siglo XX, el paradigma de la familia iberoamericana posee rasgos distintivos (uniones consensuales, hijos ilegítimos y uniones multirraciales, entre otros) que la diferencian del paradigma de la familia europea (Moreno y Parolo, 2007). Con posterioridad, la inmigración de ultramar –proveniente en su mayoría de países católicos–, el urbanismo y la modernización fueron modificando los tipos de la familia iberoamericana, y pasó a predominar la familia nuclear con un reducido número de hijos.

## Patrones de organización familiar en el siglo XIX

Si bien es cierto que las estructuras familiares son dinámicas y cambiantes, también es verdad que la estructura económica, social y política, junto con el sistema de valores y tradiciones, incide en las formas que las familias adoptan para poder operar más eficazmente en la sociedad.

En un estudio realizado por García Belsunce (1976) con el padrón de 1810 de la Ciudad de Buenos Aires, se muestra la organización de las formas familiares y de parentesco. El autor utilizó como muestra la situación del Cuartel 12, por ser un cuartel intermedio entre los céntricos y los suburbanos,<sup>9</sup> en el que habitaban 322 núcleos familiares. Clasificó los núcleos familiares en restringidos (padre, madre e hijos) y amplios (restringido más otras personas agregadas, parientes o no) y, a su vez, los subdividió en completos (presencia de ambos cónyuges) e incompletos (falta uno de ellos). Los resultados muestran una mayor presencia de núcleos familiares restringidos completos (39,4 por ciento) seguidos por los ampliados completos (31,7 por ciento); y también son significativas las proporciones de los grupos familiares restringidos incompletos (13,4 por ciento) y ampliados

9

Limitado por las calles Esmeralda, Viamonte, Cerrito y Sarmiento y formado por 12 manzanas.



**La progresiva disminución del tamaño de la familia es un fenómeno característico de las sociedades urbanas con importante clase media. La Ciudad de Buenos Aires exhibe los niveles más bajos de fecundidad del país. Fotografía de Zulma Recchini, 2007.**

incompletos (15,5 por ciento). La alta proporción de hogares incompletos (28,9 por ciento) es superior a la observada en el último censo (19,7 por ciento); lamentablemente, no se cuenta con elementos que expliquen estos datos; quizá se deban, en parte, a las muchas mujeres solas con sus hijos, como consecuencia de una viudez temprana, de la inestabilidad de las uniones consensuales y de la maternidad sin unión.

Utilizando los datos del Censo de 1855, Massé y Pollero (2007) muestran la preeminencia del hogar nuclear<sup>10</sup> (57 por ciento), destacando, entre otras características, que las mujeres en hogares unipersonales casi duplicaban a los varones (13,1 por ciento frente a 7,3 por ciento) y que la ma-

yor proporción de hogares extendidos también era una característica habitual de las jefas mujeres. En lo que se refiere al tamaño medio de las familias, el citado trabajo indica que para la Ciudad era de 5,5 personas. Al considerar la nacionalidad de los jefes, se muestra que los hogares con jefes varones españoles y franceses superaban levemente el tamaño promedio de los hogares con jefes varones nativos, y que solo en aquellos hogares cuyos jefes eran varones italianos se observaba un tamaño medio inferior a la media. Según estas autoras, las leves diferencias comentadas pueden relacionarse con la antigüedad de la migración, ya que también observaron que tanto españoles como franceses se radicaron en la Ciudad antes que los italianos.

Moreno y Parolo (2007), utilizando como fuente el Censo de 1895, analizan relaciones entre familia, unidades domésticas y pobreza en la Ciudad de Buenos Aires y Tucumán. En la Ciudad, seleccionan una muestra<sup>11</sup> en varias manzanas de los barrios de la Boca, Barracas y San Cristóbal, es decir en las áreas geográficas más pobres de la Ciudad. Los resultados obtenidos muestran un promedio general de 4,6 personas por hogar y que cerca del 70 por ciento de los hogares eran nucleares completos.<sup>12</sup> La proporción de nucleares incompletos o monoparentales solo era del 13 por ciento y, entre ellos, el 82,6 por ciento correspondía a los casos de jefas mujeres. Los hogares no nucleares superaban el 10 por ciento y los unipersonales alcanzaban al 6 por ciento. Por otro lado, un 10,6 por ciento de los hogares tenía jefatura femenina, destacándose altos porcentajes entre las mujeres menores de 20 años y en las de 40 y más años. Al respecto, cabe referir que en el siglo XIX los hogares de jefatura femenina eran un fenómeno generalizado en el Río de la Plata y en otras regiones de América del Sur, como Brasil.

La progresiva disminución del tamaño de la familia es un fenómeno típico de sociedades urbanas y con importante clase media.<sup>13</sup> A fines del siglo XIX, la fecundidad de la Ciudad estaba por debajo de la observada para el total del país. Según Pantelides (2004), ya en 1895 en la Ciudad existía control de la fecundidad por medios que no eran el celibato ni la postergación del matrimonio. Por otro lado, en uno de los estudios clásicos de la estructura social argentina, Gino Germani (1987) muestra que, en ese mis-

11 Compuesta por 216 hogares con 946 personas.

12 Cacopardo y Moreno (1997) muestran que, en 1869, el 82,7 por ciento de las familias del interior del país se integraban con algún arreglo nuclear, con predominio de las formas complejas.

13 El tamaño medio de la familia en el total del país era mayor: 5,9 en 1869 y 5,5 en 1895 (Torrado, 2003).

mo año, las clases medias representaban en la Ciudad el 35 por ciento de la población activa; es decir, a fines del siglo XIX comenzaba a gestarse el tipo de la “familia moderna” que se concretará recién a mediados del siglo XX.

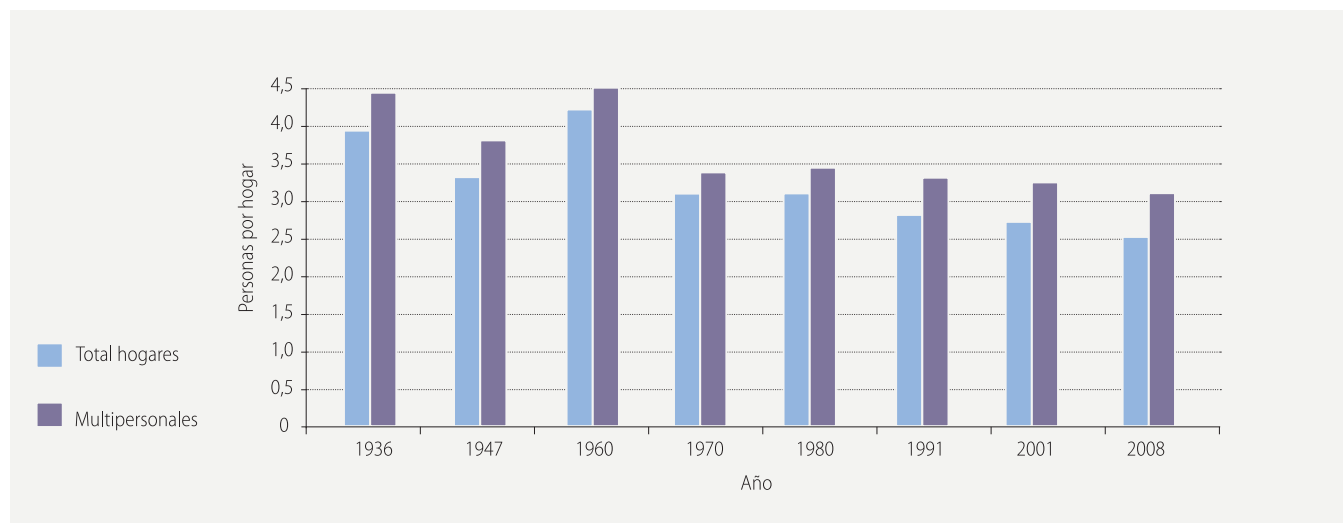
## La composición familiar a partir de los años treinta

A partir de la década de 1930, el país y, particularmente, Buenos Aires inician una etapa notablemente expansiva de la actividad industrial. En la Ciudad, entre 1935 y 1948, la creación de puestos de trabajo en la industria duplica el número de personas ocupadas en el sector, que a su vez se convierte en un poderoso centro de atracción de inmigrantes del interior del país (Bunge, 1987). En relación con la estructura social de la Ciudad, Germani (1987), sobre la base de datos de los Censos de 1936 y 1947, concluye que la participación relativa de la clase media continúa ascendiendo. La estructura interna de las clases sociales también se fue modificando; y este autor asegura que las más importantes transformaciones en la estructura social entre principios de siglo y fines de los 40 están en la modificación de la composición y estructura de las clases, particularmente en la formación de una alta burguesía industrial y de un nuevo proletariado urbano (industrial en gran parte). Según este autor, la nueva estructura social produce el surgimiento de un nuevo tipo de familia, la “familia urbana moderna”, que genera un repunte de la natalidad, aunque planificada en cuanto al número de hijos y al intervalo entre los nacimientos. Además, asevera que las relaciones en el núcleo familiar tienden a ser más democráticas e igualitarias, con autoridad participada por la mujer y, en parte, por los hijos.

A partir de esa nueva realidad social y económica, se muestra a continuación cuánto y cómo han cambiado los modos de vivir en familia en la Ciudad, en otras palabras: si el hogar nuclear sigue siendo el dominante; si los niños se siguen criando en hogares en los que conviven el padre y la madre biológicos; y si la jefatura del hogar continúa siendo mayoritariamente masculina.

Las transformaciones en el tamaño y composición de los hogares resultan de la interacción con otros cambios demográficos y sociales. Así, la modificación de los patrones conyugales (postergación de la edad al matrimonio, creciente incidencia de rupturas conyugales, alta proporción de uniones consensuales, etc.), la persistencia de niveles bajos de fecundidad y los cambios en los valores, actitudes y comportamiento de los individuos generaron nuevas modalidades de convivencia. De hecho, se suman otras



**Gráfico 7****Tamaño del total de hogares y de los hogares multipersonales. Ciudad de Buenos Aires. Años 1936/2008**

Fuente: Dirección General de Estadística y Censos (Ministerio de Hacienda GCBA) sobre la base de datos censales y de la EAH 2008.

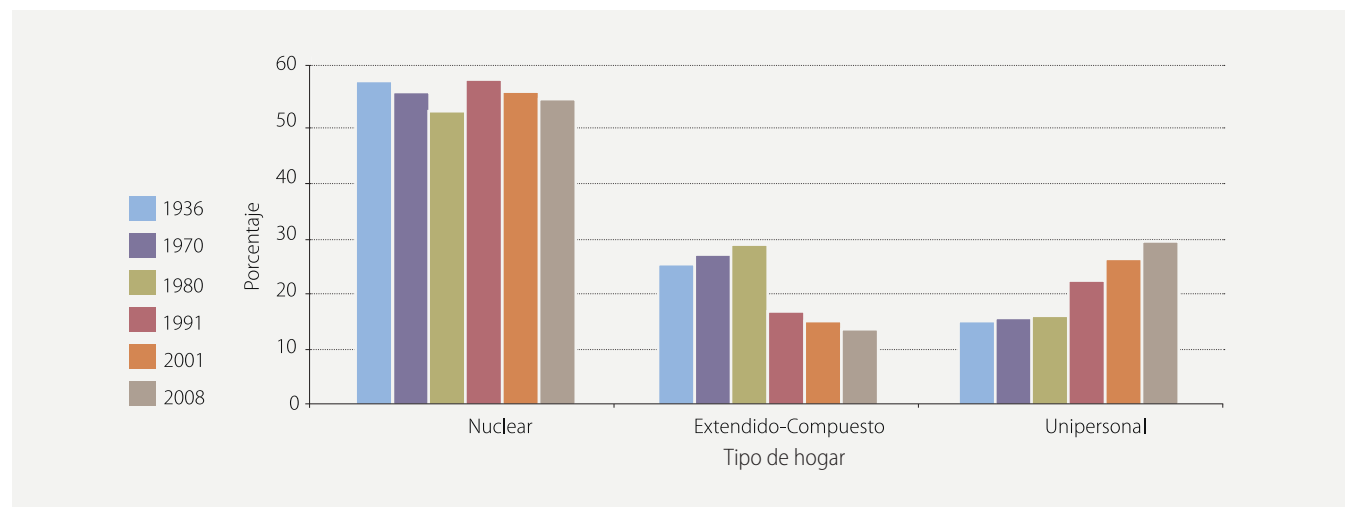
opciones, como el celibato más prolongado, la unión conyugal sin hijos y la paternidad/maternidad fuera de las uniones estables.

Otro componente importante de estos cambios ha sido la transformación del rol de la mujer y la ampliación de su autonomía económica, debido al incremento de sus niveles de escolaridad. Se ha demostrado (Wainerman, 2005; Torrado, 2007 y 2003; Wainerman y Geldstein, 1996) que las mujeres con mayores niveles educativos tienen pautas maritales y reproductivas diferentes a las de aquellas que no pasaron de los niveles educativos más bajos: postergan su casamiento y su maternidad, una mayor proporción permanece soltera y tienden a participar en mayor medida en el mercado laboral.

Desde mediados de la década de los treinta y hasta el presente, el tamaño medio de los hogares experimentó una disminución importante: en 1936 el tamaño medio era de 3,9 personas por hogar y en 2008 se había reducido a 2,5 personas. Ahora bien, para controlar el efecto que en dicho tamaño tienen los hogares unipersonales, se calculó el tamaño medio de los hogares multipersonales (Gráfico 7) que es de 4,4 y de 3,1 personas por



**Gráfico 8**      **Distribución porcentual de los hogares por tipo. Ciudad de Buenos Aires.**  
**Años 1936/2008**



Nota: No se incluyó la categoría multipersonal no familiar debido a su bajo peso relativo.

Fuente: Dirección General de Estadística y Censos (Ministerio de Hacienda GCBA) sobre la base de datos censales y de la EAH 2008.

hogar, para 1936 y 2008 respectivamente.<sup>14</sup> La reducción del tamaño de los hogares en la Ciudad resultó, principalmente, del aumento de los conformados por una persona (16,4 por ciento en 1936 y 29,1 por ciento en 2008) y de la disminución de los integrados por 5 personas y más (28,6 por ciento en 1936 y 9,2 por ciento en 2008).

Cuando se consideran los arreglos residenciales que las personas y familias realizan en función de sus preferencias y necesidades, en el marco de los condicionantes culturales, sociales y económicos (libertad sexual, control efectivo de la reproducción por parte de la mujer, aumento de la desigualdad social, entre otros), se pueden observar las modificaciones experimentadas en los patrones de convivencia. El Gráfico 8 brinda una visión clara de los principales cambios ocurridos en los tipos de hogares. Así, en los últimos setenta años, los hogares extendidos y compuestos, tras un aumento de su proporción hasta 1980, redujeron drásticamente su importancia, y en 2008 apenas representan la mitad del porcentaje que representaban en 1980, mientras que los hogares unipersonales, por el contrario, prácticamente duplicaron su porcentaje entre 1980 y 2008.

Si bien la presencia del varón en la jefatura de los hogares ha sido ampliamente mayoritaria en el pasado, desde 1936, la proporción de hogares con jefatura femenina en la Ciudad viene aumentando: tras un incremento lento (entre 1936 y 1960), gana importancia rápidamente y, según el Censo de 2001, representó en ese año un porcentaje cercano al 38 por ciento. En similar período (1960-2001), el total del país mostró un aumento menor y su porcentaje en el año 2001 fue cercano al 28 por ciento (Torrado, 2007). A su vez, este crecimiento ha sido diferencial entre los distintos grupos etarios: los mayores aumentos relativos se observaron en las jefaturas más jóvenes, un hecho relacionado con el corrimiento de la edad a la unión, la ruptura de uniones y la menor reincidencia nupcial de las mujeres.

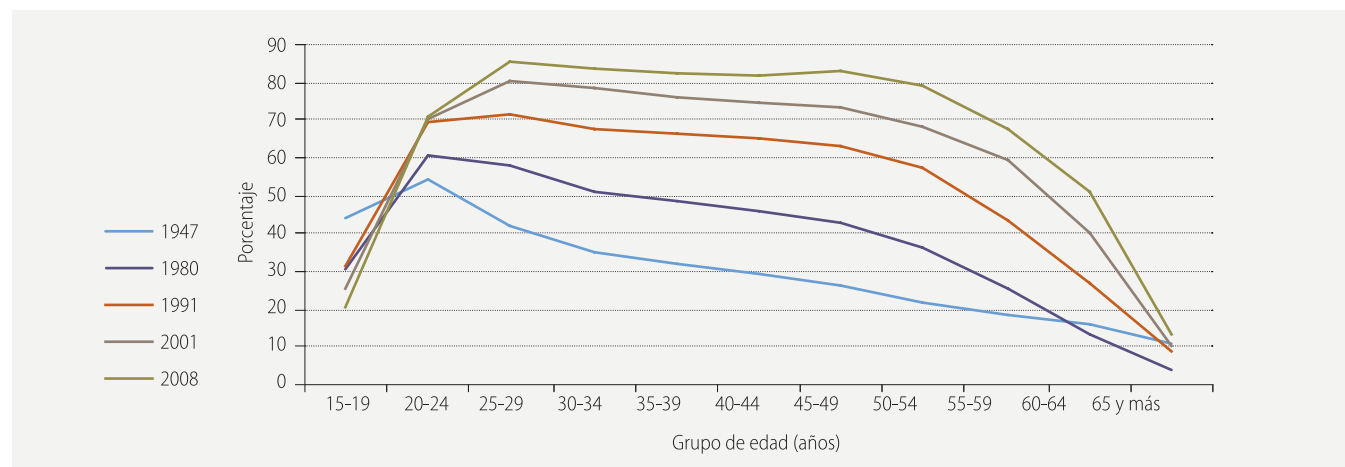
## Las nuevas realidades familiares

En los años sesenta es más visible la redefinición del papel de la mujer en la sociedad, en las relaciones de género y en la institución familiar. El cuestionamiento de la superioridad del marido sobre la esposa y de los padres sobre los hijos afectó a las estructuras de las relaciones sociales. El matrimonio empezó a dejar de ser visto como un mero ámbito de reproducción. Asimismo, las mujeres aumentaron su participación laboral, a un ritmo lento hasta los sesenta y más acelerado en las décadas siguientes (Wainerman, 2005). La fuerza de trabajo femenina hasta los años sesenta estaba formada por jóvenes que trabajaban antes de casarse o de tener su primer hijo; luego dejaban de hacerlo para dedicarse a la casa y a la crianza y, cuando sus hijos habían crecido, algunas de ellas volvían a trabajar. En la actualidad ya son muchas las mujeres que entran y permanecen en el mercado de trabajo, cualquiera sea su situación familiar. Es decir, “las mujeres comenzaron a comportarse respecto del mercado de trabajo de manera relativamente independiente de las etapas del ciclo de vida familiar que atravesaran” (Wainerman, 2005, p. 32).

La actividad económica de las mujeres residentes en la Ciudad se incrementó considerablemente en los últimos sesenta años. Así, por ejemplo, si se observan las tasas específicas por edad (Gráfico 9), se advierte que más que se duplicaron entre los 30 y 44 años y casi se cuadruplicaron entre los 45 y 64 años. No obstante, la mayor incorporación de las mujeres a la actividad laboral no puede interpretarse únicamente como indicador de modernización, dado que muchas mujeres salieron a reemplazar los salarios deteriorados de los cónyuges y/o a mantener el nivel del consumo

Gráfico 9

### Tasas específicas de actividad de las mujeres. Ciudad de Buenos Aires. Años 1947/2008



Nota: A partir de 1991 se modificó la captación de la condición de actividad.

Fuente: Elaboración propia sobre la base de: Mychaszula, Geldstein y Grushka, 1989; datos censales para 1991, 2001; y datos de la EAH para 2008.

familiar. En este sentido, los datos publicados (EPH-INDEC, ondas de octubre) muestran que, entre 1990 y 2002, los varones registraron una caída del empleo del 4 por ciento, mientras que las mujeres lo incrementaron en un 3 por ciento. En los años recientes, si bien varones y mujeres aumentaron su nivel de empleo, el crecimiento fue mayor entre estas últimas;<sup>15</sup> de esta manera, continuó acortándose la brecha entre ambos sexos.

La incorporación de las mujeres a los niveles más altos de educación también es otro fenómeno característico de las últimas décadas. El Censo de 1980 mostró que el 33,4 por ciento de las mujeres de 20 a 59 años de la Ciudad había logrado, al menos, completar el secundario, proporción que aumentó al 58,9 por ciento en el Censo 2001. Por otro lado, la feminización de la matrícula universitaria se dio en un movimiento lento pero continuo de avance sobre carreras que en el pasado eran privativas de los varones (Wainerman y Geldstein, 1996).

<sup>15</sup> Entre octubre de 2002 y el segundo trimestre de 2009, según datos de la EPH-INDEC, el empleo femenino creció 17,5 por ciento y el masculino 10,1 por ciento.

Los cambios con respecto a la posición de las mujeres en el mercado de trabajo y en el nivel educativo y los procesos de creciente individuación y autonomía de las mismas, así como las modificaciones en las pautas de formación y disolución de las familias, sugieren nuevas concepciones acerca de la vida en pareja y en familia. Son numerosas las mujeres que se emanciparon pero no entraron en unión conyugal,<sup>16</sup> comportamiento que puede encontrar distintas explicaciones: mayor libertad para optar por un proyecto de vida que no incluye el matrimonio o la posibilidad de formar parejas que no implican la coresidencia, ambas circunstancias favorecidas por mejores oportunidades en el mercado laboral, en particular para las mujeres con alto nivel educativo (Mazzeo, 2007).

Por otro lado, el aumento ininterrumpido de la incidencia de la ruptura voluntaria de uniones también contribuyó al incremento de los hogares unipersonales y monoparentales. Las consecuencias de esas rupturas son diferentes entre mujeres y varones. Los varones muestran mayor propensión a la reincidencia nupcial, mientras que, en las mujeres, la tenencia de los hijos y la composición del mercado matrimonial (más mujeres que varones) condicionan la formación de una nueva unión. Es decir, el aumento reciente de las familias monoparentales corresponde en su mayor parte al mayor número de madres solas con sus hijos solteros (Torrado, 2007) y al incremento de la cantidad de mujeres que pasaron a ser cabeza de familia nuclear monoparental. Este aspecto es central en las variaciones recientes de la organización familiar, no solo en la Ciudad sino en la Argentina<sup>17</sup> y en América Latina, donde se ha observado que los hogares monoparentales muestran una tendencia creciente tanto en términos absolutos como relativos: son el tipo de hogar que más creció en las últimas décadas, hecho que se relaciona con el incremento de los divorcios y de las separaciones conyugales (Ariño, 2007; Raimondi, 2005; Mazzeo, 2007 y 2008; Arriagada, 2001, y 2007; Arraigada y Aranda, 2004; García y Rojas, 2002 y 2004; Quilodrán, 2003; Acosta, 2003 y Rodríguez Vignoli, 2004).

En la Ciudad, entre los años 1980 y 2008, la participación de las familias monoparentales en el total de los hogares conyugales se incrementó en un 40 por ciento, destacándose el importante aumento de las familias

16 En la Ciudad, en 2008, el 9 por ciento de las mujeres de 20 a 29 años es jefa y vive en hogares unipersonales.

17 Según Mazzeo (2008), entre 1980 y 2001, en todo el país, el peso relativo de los hogares monoparentales en el total de conyugales aumentó el 29 por ciento (pasó de 15 a 19,3 por ciento). En 1980, el valor más alto se ubicó en Catamarca (27,2 por ciento), y en 1991 y 2001, en Jujuy (26,6 por ciento). Los valores más bajos fueron: en 1980 en la Ciudad de Buenos Aires (13 por ciento) y en 1991 y 2001 en Tierra del Fuego (14,4 y 17,6 por ciento).



En décadas recientes las relaciones entre trabajo y familia se han transformado. Hoy es común que ambos cónyuges estén en el mercado laboral. Sin embargo, la mayoría de las mujeres continúa manteniendo su rol de principal responsable de los hijos y del funcionamiento cotidiano del hogar. *Fotografía de Fernando Cipriani, 2008.*

monoparentales nucleares que llegaron a representar el 16 por ciento del total de los hogares conyugales. Ahora bien, el comportamiento según el sexo de la persona cabeza de familia fue diferencial: disminuyen sensiblemente las familias monoparentales masculinas a favor de las femeninas. En ambos casos, el proceso comporta una notoria reducción de la forma extensa a favor de la nuclear. Es decir, el reciente incremento de las familias monoparentales corresponde, en su mayor parte, al aumento de madres solas con sus hijos solteros.

La viudez y la ruptura conyugal de las parejas con descendencia, así como las uniones sucesivas de personas con hijos de uniones anteriores, indican que la familia no es una institución que ha permanecido estática. En

los últimos años se diversificó y complejizó su constitución como resultado del aumento de las separaciones y divorcios y de la reincidencia conyugal, surgiendo el nuevo y creciente fenómeno de la recomposición familiar. La reincidencia de cónyuges con hijos de uniones anteriores que conviven en la nueva unión que se forma lleva a constituir lo que se ha dado en llamar familias ensambladas, noción que surge en la década de 1970 y que, de acuerdo con la literatura especializada, se define por la presencia de al menos un hijo que convive con uno solo de sus padres biológicos y con su nueva pareja.

La Encuesta Anual de Hogares 2008<sup>18</sup> contabilizó cerca de 27.000 familias ensambladas, cifra que representan el 2 por ciento del total de hogares de la Ciudad (Mazzeo, 2010). Las familias ensambladas representan el 4,4 por ciento de los hogares con núcleo completo y el 8,4 por ciento de los hogares con núcleo completo que tienen hijos solteros menores de 25 años. Al comparar la composición de los hogares de familias ensambladas con el resto de los hogares de núcleo completo, se observa que los cónyuges que pertenecen a familias ensambladas tienen una edad promedio menor que la de los cónyuges del resto de los hogares con núcleo completo. Esto se explica por la disminución de la edad al momento de la ruptura en las sucesivas generaciones, lo que aumenta las posibilidades de reincidir y de que tengan menos edad cuando forman una nueva pareja.

Ahora bien, desde comienzos de los años ochenta, las relaciones entre trabajo y familia se transformaron. El modelo patriarcal del hogar nuclear con un padre-esposo proveedor económico cede paso a otras situaciones: hogares en donde ambos cónyuges están en el mercado laboral; hogares en los que la mujer se convierte en principal proveedora económica; y hogares en los que la mujer se torna proveedora exclusiva en reemplazo del marido desocupado, afrontando sola ambos roles, es decir, el de proveedora económica y el de responsable del funcionamiento cotidiano del hogar (Wainerman, 2005).

18 La EAH considera una metodología alternativa para reconstruir las familias ensambladas. Incluye la pregunta habitual sobre relación de parentesco con el jefe/a de hogar y, en el cuestionario donde se relevan los datos de los componentes del hogar, incorpora dos preguntas a través de las cuales es posible obtener información sobre la filiación de los menores de 25 años que residen en él, que identifican madres y padres con hijos convivientes. Se destaca que hasta 2008 captó a las familias ensambladas del núcleo conyugal primario.



Según los datos de la Encuesta Anual de Hogares 2008 de la Ciudad, el 70 por ciento de los hogares nucleares completos con hijos<sup>19</sup> poseen dos proveedores. Las características de dichos hogares permiten concluir que se trata de hogares con mujeres –jefas o cónyuges– preferentemente de 30 a 44 años, que en su mayoría tienen menos de 3 hijos, que, en general, son menores de 13 años; es decir, se encuentran en las etapas de inicio y expansión del ciclo de vida familiar. Se trataría de mujeres que desean satisfacer aspiraciones de vida y que, por ello, postergan la edad de entrada a la primera unión y a la maternidad y son propensas a tener un reducido número de hijos.

La expansión educacional de las mujeres tuvo un efecto importante en el incremento de la oferta laboral femenina; las mujeres con mayores niveles de educación tienen mayor propensión a participar de la actividad económica. “Desde la perspectiva de la demanda, por otra parte, abundan las evidencias que muestran que, en el caso de las mujeres, no así de los varones, el mercado laboral recluta selectivamente a las más educadas.” (Wainerman, 2005, p. 99). Esto explica que el modelo de dos proveedores sea más frecuente en los hogares cuyas mujeres cónyuges tienen un nivel educativo alto. En la Ciudad, en los hogares nucleares completos con hijos y con mujeres cónyuges que tienen nivel educativo alto –al menos superior o universitario incompleto–, el 77 por ciento son hogares con dos proveedores. En los hogares en los que las mujeres cónyuges tienen nivel educativo bajo –hasta primario completo–, aquellos con dos proveedores alcanzan el 55 por ciento.

Estos cambios implican una transformación social que modifica el desarrollo de la vida cotidiana y cuestiona los valores establecidos acerca de los roles de género, la organización de las cargas domésticas y la división del trabajo extradoméstico.

Las nuevas realidades sociales favorecen la tendencia a la formación de familias cada vez más reducidas. No obstante, en la Ciudad, independientemente del escaso número de hijos, la familia nuclear completa, que concentra el 45,5 por ciento de los hogares, continúa siendo la expresión típica de la vida familiar.

19 El universo corresponde a hogares nucleares completos con hijos solteros y mujer jefa o cónyuge entre 20 y 60 años donde los dos miembros de la pareja son proveedores económicos.



## A modo de conclusión

En el largo período analizado, la forma de constituir la pareja y la familia en la Ciudad de Buenos Aires ha mostrado cambios profundos. En el siglo XIX, la dinámica matrimonial estuvo afectada por los desequilibrios del mercado matrimonial. A medida que aumentaban los extranjeros residentes en la Ciudad, se fue ampliando la desigualdad numérica entre varones y mujeres, especialmente en los tramos de edades matrimoniales. Este desequilibrio favoreció, sin duda, la unión precoz de las mujeres.

Entre fines del siglo XIX y mediados del siglo XX, las mujeres retrasaron en cinco años (de 23 a 28 años) la entrada a la vida matrimonial, mientras que la edad promedio masculina se retrasó en solo dos años (29 a 31 años). Consecuentemente, la diferencia en la edad media entre cónyuges vino disminuyendo sin interrupción. Asimismo, se comprobó que la diferencia de edad entre cónyuges disminuye notoriamente a medida que avanza la edad de la mujer y que, por el contrario, se incrementa a medida que aumenta la edad del varón.

A partir de la década 1960, el fenómeno más importante es el auge de la cohabitación, que creció ininterrumpidamente desde esa década y que experimentó una fuerte aceleración desde el inicio de los noventa, pasando del 1,5 por ciento del total de uniones en 1960 al 13,6 por ciento en 1991 y al 27,9 por ciento en 2008. Estos porcentajes ponen de manifiesto la crisis del matrimonio-institución, pero no el vivir en pareja. En parte de los casos, las uniones “libres” funcionaron como períodos de prueba antes de optar por el matrimonio, y en otros, como consensualidad permanente.

En la consideración del período que se inicia a partir de fines de la década de los ochenta, merece destacarse la sanción de la ley de divorcio vincular, que tuvo como resultado el aumento de la reincidencia matrimonial. El 21 por ciento de los matrimonios que se registraron en 2008 tenía al menos un cónyuge reincidente. La edad media al primer matrimonio continuó aumentando hasta alcanzar, en 2008, los 31 años en las mujeres y los 32 años en los varones. Las diferencias de edad entre los miembros de la pareja continuaron con similar comportamiento según grupos etarios: disminuyendo a mayor edad de la mujer y aumentando a mayor edad del varón, pero acortándose la brecha en todas las edades. Además, se observaron dos escenarios: en 2008, la mujer luego de los 35 años se casa con parejas más jóvenes, y los varones menores de 25 años lo hacen con mujeres mayores.

Los cambios reseñados descubren que la vida en familia se transformó; no obstante, en la actualidad, la mayor parte de la población de la Ciudad vive en familia. Los hogares familiares representan más del 65 por ciento del total de hogares, aunque la familia modificó su tamaño y composición: entre 1855 y 2008, el tamaño medio de los hogares se redujo en 3 personas; los hogares nucleares y los extendidos y compuestos disminuyeron su peso relativo en 3 puntos porcentuales, mientras que los unipersonales –en su mayoría de jefatura femenina– lo triplicaron, concentrando cerca del 30 por ciento de los hogares de la Ciudad.

La elevación del nivel educativo y la mayor salida al mercado laboral de las mujeres trajeron aparejada la posibilidad de obtener independencia económica. Estos cambios estuvieron acompañados por el agregado de nuevos roles a los reproductivos tradicionales y ejercieron efectos importantes sobre las pautas de formación de las familias y sobre su dinámica en general. Consecuentemente, crecieron la jefatura femenina, los hogares monoparentales de jefatura femenina y los hogares con parejas conyugales de dos proveedores.

En los últimos años se acentuó aún más la complejidad de la constitución de familias como resultado de la reincidencia matrimonial de parejas con hijos (familias ensambladas) y de las uniones formadas por parejas del mismo sexo.

En la sociedad de la Ciudad actual conviven distintas formas familiares. Desde la perspectiva de género, algunas asumen patrones más igualitarios, otras siguen apegadas a modelos tradicionales y, en la gran mayoría, se combinan ambas formas.

## Bibliografía

- ACOSTA, FÉLIX (2003), “La familia en los estudios de población en América Latina: estado del conocimiento y necesidades de investigación”, en *Papeles de Población*, n° 37, México D.F., Universidad Autónoma del Estado de México.
- ARIÑO, MABEL (2007), “Familias tradicionales, nuevas familias”, en SUSANA TORRADO (comp.), *Población y Bienestar en la Argentina del Primero al Segundo Centenario. Una historia social del siglo XX*, Tomo II, Buenos Aires, Ensayo Edhasa, pp. 255-284.
- ARIÑO, MABEL y VICTORIA MAZZEO (2009), “Siglo XXI en la Ciudad de Buenos Aires: ¿Cómo armar pareja y cómo vivir en familia?”, ponencia presentada en las X Jornadas Argentinas de Estudios de Población, AEPA, San Fernando del Valle de Catamarca.
- ARRIAGADA, IRMA (2001), *Familias latinoamericanas. Diagnóstico y políticas públicas en los inicios del nuevo siglo*, Santiago de Chile, CEPAL, Serie Políticas Sociales, n° 57.
- (2007), “Familias latinoamericanas: cambiantes, diversas y desiguales”, en *Papeles de Población*, año 13, n° 53, México D.F., Universidad Autónoma del Estado de México, pp. 9-22.
- ARRIAGADA, IRMA y VERÓNICA ARANDA (2004), *Cambio en las familias en el marco de las transformaciones globales: necesidad de políticas públicas eficaces*, Santiago de Chile, CEPAL-UNFPA, Serie Seminarios y Conferencias, n° 42.
- BINSTOCK, GEORGINA (2004), “Cambios en las pautas de formación y disolución de la familia entre las mujeres de la Ciudad de Buenos Aires”, en *Población de Buenos Aires*, n° 0, Buenos Aires, DGEYC, pp. 7-14.
- (2009), “Cambios en la formación de la familia en Argentina: ¿cuestión de tiempo o cuestión de forma?”, ponencia presentada en las X Jornadas Argentinas de Estudios de Población, AEPA, San Fernando del Valle de Catamarca.
- BUNGE, ALEJANDRO E. (1987), *Una nueva argentina*, Buenos Aires, Hyspamérica.
- CACOPARDO, MARÍA CRISTINA y JOSÉ LUIS MORENO (1997), “Cuando los hombres estaban ausentes: la familia del interior de la Argentina decimonónica”, en HERNÁN

OTERO y GUILLERMO VELÁSQUEZ (comp.), *Poblaciones argentinas. Estudios de demografía diferencial*, Tandil, PROPIEP (IEHS-CIG).

DIRECCIÓN GENERAL DEL REGISTRO DEL ESTADO CIVIL Y CAPACIDAD DE LAS PERSONAS DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES (2005), *El Registro Civil de la Ciudad de Buenos Aires*, Buenos Aires, GCBA.

GARCÍA, BRÍGIDA y OLGA ROJAS (2002), “Cambios en la formación y disolución de las uniones en América Latina”, en *Papeles de Población*, n° 32, México D.F., Universidad Autónoma del Estado de México, pp. 12-31.

----- (2004), “Las uniones conyugales en América Latina: transformaciones en un marco de desigualdad social y de género”, en *Notas de Población*, año 30, n° 78, Santiago de Chile, CEPAL-CELADE, pp. 65-96.

GARCÍA BELSUNCE, CÉSAR A. (1976), *Buenos Aires. Su gente 1800-1830*, Tomo I, Buenos Aires, Emecé Distribuidora.

GERMANI, GINO (1987), *Estructura social de la Argentina. Análisis estadístico*, Buenos Aires, Ediciones Sola (reedición).

GOBIERNO DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES (2003), *Boletín Oficial de la Ciudad de Buenos Aires N° 1617*, pp. 5-6.

MASSÉ, GLADYS M. (1993), “Reinterpretación del fenómeno migratorio hacia la Ciudad de Buenos Aires a mediados del siglo XIX”, en *Notas de Población*, n° 58, Santiago de Chile, CEPAL-CELADE, pp. 31-93.

----- (2006), “Inmigrantes y nativos en la Ciudad de Buenos Aires al promediar el siglo XIX”, en *Población de Buenos Aires*, n° 4, Buenos Aires, DGEYC, pp. 9-25.

MASSÉ, GLADYS M. y RAQUEL POLLERO (2007), “Una visión de la familia en las dos capitales rio-platenses (Buenos Aires y Montevideo) al promediar el siglo XIX”, ponencia presentada en las IX Jornadas Argentinas de Estudios de Población, AEPA, Huerta Grande, Córdoba.

MAZZEO, VICTORIA (1993), *Mortalidad infantil en la Ciudad de Buenos Aires (1856-1986)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina S.A.

----- (1998), “Comportamientos de la nupcialidad en la Ciudad de Buenos Aires en el período 1890-1995”, en UNCÓRDOBA-IUSSP, *Cambios demográficos en América Latina: la experiencia de cinco siglos*, Córdoba, UNCórdoba-IUSSP, pp. 201-228.

- (2007), “Los cambios en la organización familiar: el incremento de las familias monoparentales en la Ciudad de Buenos Aires a partir de los ochenta”, en *Población de Buenos Aires*, n° 5, Buenos Aires, DGEYC, pp. 63-74.
- (2008), “La importancia de las familias monoparentales en Argentina. Diferenciales regionales, 1980-2001”, ponencia presentada en el III Congreso de la Asociación Latinoamericana de Población, ALAP, Córdoba.
- (2009), “La jefatura monoparental femenina, ¿un grupo vulnerable? El caso de la Ciudad de Buenos Aires”, ponencia presentada en el XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología, ALAS, Buenos Aires.
- (2010), “Aspectos demográficos” en DIRECCIÓN GENERAL DE ESTADÍSTICA Y CENSOS, *Encuesta Anual de Hogares. Año 2008*, Buenos Aires, DGEYC.
- MORENO, JOSÉ LUIS (2004), *Historia de la Familia en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- MORENO, JOSÉ LUIS y MARÍA PAULA PAROLO (2007), “Familia, unidades domésticas y pobreza: explorando el interior de los hogares. Capital Federal y Tucumán en 1895”, en *Población de Buenos Aires*, n° 5, Buenos Aires, DGEYC, pp. 7-27.
- MYCHASZULA, SONIA, ROSA GELDSTEIN y CARLOS GRUSHKA (1989), *Datos para el estudio de la participación de la población*, Buenos Aires, CENEP.
- PANTELIDES, ALEJANDRA (2004), “La transición de la fecundidad en la Ciudad de Buenos Aires. Una aproximación”, en *Población de Buenos Aires*, n° 1, Buenos Aires, DGEYC, pp. 35-41.
- QUILODRÁN, JULIETA (2003), “La familia, referentes en transición”, en *Papeles de Población*, n° 37, México D.F., Universidad Autónoma del Estado de México.
- (2008), “Hacia la instalación de un modelo de nupcialidad post transicional en América latina”, ponencia presentada en el III Congreso de la Asociación Latinoamericana de Población, ALAP, Córdoba.
- RAIMONDI, MÓNICA (2005), “Consecuencias de la ruptura conyugal en las condiciones de vida de las mujeres (Área Metropolitana de Buenos Aires, fines del siglo xx)”, en SUSANA TORRADO (dir.), *Trayectorias nupciales, familias ocultas (Buenos Aires, entresiglos)*, Buenos Aires, CIEPP-Cátedra Demografía Social, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, Miño y Dávila, pp. 169-206.

- RAIMONDI, MÓNICA y MARÍA CONSTANZA STREET (2005), "Cambios y continuidades en la primera unión de las mujeres hacia fines del siglo XX", en SUSANA TORRADO (dir.), *Trayectorias nupciales, familias ocultas (Buenos Aires, entresiglos)*, Buenos Aires, CIEPP-Cátedra Demografía Social, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, Miño y Dávila, pp. 75-117.
- RODRÍGUEZ VIGNOLI, JORGE A. (2004), "Cohabitación en América Latina: ¿modernidad, exclusión o diversidad", en *Papeles de Población*, n° 40, México D.F., Universidad Autónoma del Estado de México, pp. 97-145.
- TORRADO, SUSANA (1993), *Procreación en la Argentina. Hechos e ideas*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor.
- (2000), *Composición de los hogares y las familias (Argentina, 1950-2000)*, Buenos Aires, Cátedra Demografía Social, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, Serie Informes de Investigación, n° 8.
- (2003), *Historia de la familia en la Argentina moderna (1870-2000)*, Buenos Aires, Ediciones de La Flor.
- (2005), "Presentación", en SUSANA TORRADO (dir.), *Trayectorias nupciales, familias ocultas (Buenos Aires, entresiglos)*, Buenos Aires, CIEPP-Cátedra de Demografía Social, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, Miño y Dávila, pp. 13-19.
- (2006), *Familia y diferenciación social. Cuestiones de método*, Buenos Aires, EUDEBA, Colección Manuales.
- (2007), "Transición de la familia: tamaño y morfología", en SUSANA TORRADO (comp.), *Población y Bienestar en la Argentina del Primero al Segundo Centenario. Una historia social del siglo XX*, Tomo II, Buenos Aires, Ensayo Edhasa, pp. 207-253.
- WAINERMAN, CATALINA (2005), *La vida cotidiana en las nuevas familias ¿Una revolución estancada?*, Buenos Aires, Lumiere.
- WAINERMAN, CATALINA y ROSA GELDSTEIN (1996), "Viviendo en familia: ayer y hoy", en CATALINA WAINERMAN (comp.), *Vivir en familia*, Buenos Aires, UNICEF/Losada.

